

Destos fueron los tratos principales  
Los esclavos que entonces se hacían,  
Y fueron bien crecidos los caudales  
De los que los compraban y vendían:  
Por los esclavos increíbles males  
En aquella sazón se cometían,  
Hasta tanto que ya por nuestros reyes  
Se dieron á las Indias nuevas leyes.

Deshecha pues aquella dura tienda  
Que por la santa ley se les vedaba,  
Otro ningún recurso de vivienda  
En esta dicha isla les quedaba,  
Y aun para mas dolor ó mas enmienda  
De quien aquel furor ejercitaba,  
Del todo se acabó con los extremos  
Que por postre de mesa contaremos.

Sería por el año de cuarenta  
Y tres con el millar y los quinientos,  
Cuando cierta señal nos representa  
Bravos y furiosos movimientos:  
Siguióse después desto tal tormenta  
Que hizo despertar los soñolientos,  
De todos vientos rigurosa guerra,  
Y el mar mucho mas alto que la tierra.

El agua de los cielos era tanta,  
Y con tan grandes impetus venía,  
Que el mas entero brio se quebranta,  
Y el ánimo mas fuerte mas temía:  
Ruido temeroso se levanta  
Que de la mar y tierra procedía,  
Sobre vino la noche muy oscura,  
Y con ella grandísima tristura.

No se hallaba ya cosa viviente  
Que tuviese seguro de su vida,  
Porque la calle va como creciente  
De rios con furor de la venida:  
En las casas no puede parar gente  
Por los amenazar con su caída,  
Y lo que mas seguro parecía  
Peligro, mal y muerte prometía.

Bien así como cuando por acechos  
Siguen del delincuente las pisadas,  
Que con bastantes armas y pertrechos  
Le tienen las salidas ocupadas;  
Y aquí le ponen lanzas á los pechos,  
Y allí ni mas ni menos las espadas,  
El cual siendo de tantos rodeado  
No sabe qué hacerse de turbado;

Sañados así desta manera  
Aquí y allí peligros al encuentro,  
Pues era grande riesgo salir fuera,  
Peligro de la vida quedar dentro:  
Tiembla la isla toda donde quiera  
Por aire conmovida desde el centro,  
Aquel que poseía mejor suerte  
Estaba ya gustando de la muerte.

Solo de Dios se tiene confianza,  
Que de la tierra ya nadie se fia,  
Pues cuanto mayor era la tardanza,  
Tanto mas el rigor invalecía:  
Las moradas hacían gran mudanza  
Y dellas cada cual se retraía,  
Huir de las paredes y del muro  
Parecía remedio mas seguro.

Yo solía posar en una casa  
Que bien cercana fué de la marina,  
Do vivía Pero Ruiz Barrasa  
Y su mujer Beatriz de Medina:  
Tenía por delante plaza rasa,  
E viendo yo henderse cierta esquina,  
A grandes voces dije: « fuera, fuera,  
Que ya caen las rejas y madera. »

A questo dicho, mi camino sigo  
Por la parte mas desembarazada,  
Acuden á la puerta donde digo,  
Y por su bien halláronla cerrada,  
Abierto solamente su postigo  
Do con la turbación tanta parada,  
Que si junta saliera tanta gente  
La pared los matara ciertamente.

Y es por acontecer en tal instante  
Caerse la pared mas delantera,  
Antes de poder ir mas adelante  
Por impedir la puerta su carrera:  
Fué pues el soberano tan bastante  
Que nunca hizo falta su madera,  
Y allí quedaron todos amparados  
Puesto que temerosos y asombrados.

Yo poco antes de caer había  
Salido con deseo de escaparme,  
Y en medio de la plaza no sabía  
Cómo mejor poder acomodarme;  
Porque de todas partes no tenía  
Falta de agua para bien mojarme;  
Pero luego con otras gentes buenas  
Tuvimos compañeros en las penas.

Oíamos murmurios y bullicios,  
No con falaces cantos de serenas;  
Aquí y allí caían edilicios,  
Las altas azoteas, las almenas,  
La casa de los santos sacrificios,  
Moradas que yo vi ricas y buenas:  
Aquí sonaban voces y allí gritos,  
Aquellos con temor, estos a gritos.

Lo mejor y lo mas fortalecido  
Con la gran tempestad viene cayendo,  
La trabazón del techo mas asido  
Con fuerza del temblor se va rompiendo:  
Causaba gran temor aquel ruido,  
Asombraba la furia del estruendo  
De aquellas derrumbadas canchales  
Y quiebras de las vigas y alfajías.

Bien como ceiba grande y estendida,  
Cuyas ramas ocupan grandes llanos,  
En el opaco valle cometida  
A hachas cortadoras de villanos,  
Que cuando cae da tal estampida  
Que espanta los vecinos comarcanos,  
Ó como en helicosas ordenanzas  
Cuando se rompen juntas muchas lanzas;

O ya también digamos, como cuando  
El cielo se mostró de nubes lleno,  
Y el fuego celestial viene rasgando  
La nube por el mas espeso seno:  
Y aquella furia con que va pasando  
Es la causa de dar horrible trueno,  
Poniendo gran temor á los mortales  
Sin uso de razón y racionales;

Tal y tan grande estruendo se hacía  
Cuando con tantas lluvias y temblores  
La mas gruesa pared de cantería  
Caía con los altos corredores;  
Cuyo grave ruido nos ponía  
Grandes espantos y temores:  
Viérades las doncellas desmayadas,  
Dueñas amortecidas de asombradas.

Aquí sonaba doloroso llanto  
Del niño de su madre divertido,  
Allí las madres hacen otro tanto  
Lamentando su hijo por perdido;  
Otras por acullá con gran espanto  
Colgadas de los hombros del marido,  
Hacen mayores ser los terremotos  
Confusivas voces y alborotos.

Fueron durables estos detrimientos,  
Mas no con una misma destemplanza;  
Al fin cesó la fuerza de los vientos  
Y llegaron las horas de bonanza:  
Ningunos muertos, pero descontentos  
Determinados á hacer mudanza  
Por no tener recurso de vivienda,  
Eso me da soltero que con prenda.

Otros de nuevas leyes ignorantes  
Permanecían en sus desvarios,  
Y algunos hombres viejos contratantes,  
Que tenían sus barcos y navios  
Que iban y venían como antes  
A contratar por otros señorios  
Angosta vida, seca, miserable,  
Y tal que no podía ser durable.

Mas los que no tenían el resuello  
Que de necesidad al hombre quita,  
Para poder ballar donde tenello  
Vergüenza generosa nos incita:  
Y así barcos de Niebla y Juan Cabello  
Nos traspararon á la Margarita  
En tanto que llegaban ocasiones  
Para ir á buscar nuevas regiones.

Y al tiempo de salir desta frontera,  
No sin dolor de damas y varones,  
Acuérdome que Jorje de Herrera  
Compuso ciertos versos y canciones,  
Y en un alto pilar en la ribera  
También mandó poner ciertos renglones,  
Que si memoria tengo de aquel día  
Entre ellos hubo letra que decía:

*Hic populus vigint donis ditissimus olim:  
Vix tamen erectus concidit ipse miser.  
Si varios mundi gliscis perpendere casus,  
Proclaris oculis hic satis unus erit.*

Aquí fué pueblo plantado, Guyo próspero partido Voló por lo mas subido; Mas apenas levantado Cuando del todo caido.	Quien examinar procura Varios casos de ventura Puestos en humana casta, A questo solo le basta Si tiene seso y cordura.
---	---

## ELEGIA XIV.

*Elogio de la isla Margarita, donde se da relacion de la vivienda de la gente que allí reside y de los infortunios que ha padecido, con otras muchas particularidades dignas de memoria.*

## CANTO PRIMERO.

Pues que dejamos ya menos afilata  
La gente del pesado terremoto,  
Tratemos de la isla Margarita,  
En cuya descripción tengo yo voto;  
Mas no podrá su causa ser escrita  
Sin furia de tiranos y alboroto,  
Porque también allí le cupo parte  
De desleal bandera y estandarte.

Pues en pasados tiempos, y aun hoy día  
Franceses les impiden el reposo,  
Y en ella reventó la tiranía  
Del Aguirre, cruel facineroso,  
Después de muerto por traidora vía  
Pedro de Orsua, capitán famoso,  
De cuyos trances mi cansada pluma  
Querria dar alguna breve suma.

Provea de favor el alto cielo,  
Enriquezca mi vena y el estilo,  
Porque proceda yo mejor que suelo  
En la prolíja trama deste hilo;  
Que verisimamente yo recelo  
Los juicios acerbos del Zoilo,  
Pero si lo quebrase ya sería  
Pusilanidad y cobardía.

Para lo cual me ponen buen talante  
Muchos amigos míos y señores,  
Aconsejándome que no me espante  
De los amarulentos detractores,  
Y así quiero pasar mas adelante  
Sin detener mis flacos atenores,  
En esta dicha isla mayormente  
Do fui mucho tiempo residente.

Y donde por ser larga la jornada  
Y llena de cien mil inconvenientes,  
Habremos de hacer un ensalada  
Compuesta de mil cosas diferentes;  
Pero ninguna dellas despegada,  
Antes á los negocios concernientes;  
Mas suelen ir como se van contando  
Unas cosas de otras enhilando.

Y lo mismo hará lo que yo cuento  
En historia tan larga como esta,  
Donde mi peregrino pensamiento  
Halla larga materia mal digesta:  
Diré yo pues primero del asiento  
Desta postrera isla que me resta,  
Señalarémosle sus aledaños,  
Y después sus provechos y sus daños.

En grados es la misma conveniencia  
De Cubagua que tiene al mediodía,  
Cuarenta leguas la circunferencia  
Y poco mas de seis la travesía:  
Tiene de sanidad gran escelencia,  
Pues ningunos humores malos cria,  
Hay aguas represadas y corrientes  
A lo menos en valles eminentes.

El del Charaguaray da grande parte  
A la parte del sur do va su proa,  
Y á los vapores frigidis del norte  
El de Paraguachi y Arimacoa:  
El valle de San Joan, dulce consorte,  
Por ambas partes goza de gran loa,  
Con árboles amenos y frescura  
Y de zavanas muy mayor anchura.

Mujeres naturales y varones  
Es en universal gente crecida,  
De recias y fornidas proporciones,  
A nuestros españoles comedida:  
Son todos de muy sanas compleciones  
Y todos ellos viven larga vida,  
Son poco curiosos labradores,  
Por ser cazas y pescas sus primores.

Descubrióla Colon, y este le puso  
A questo nombre con que permanece,  
Y allí Cubagua luego con el uso  
De labor, la cultiva y enriquece:  
El mas espeso bosque se dispuso  
Para sembrar maices, y acoitece  
Después de cultivadas estas vegas  
Acudir por almud hartas banegas.

Hicieronse muy buenas heredades  
En los lugares mas acomodados,  
Y tomáronse muchas propiedades  
De sitios para hatos de ganados:  
Trujéronse de España variedades  
De plantas con higueras y granados,  
Demás de muchos frutos naturales  
Que ella de suyo tiene principales.

Hay muchos higos, uvas y melones,  
Dignísimos de ver mesas de reyes,  
Pitabayas, guanábanas, anones,  
Guayabas y guaraes y mameyes,  
Hay chica, cotuprises y mamones,  
Piñas, curibijures, caracueyes,  
Con otros muchos mas que se desechan  
E indios naturales aprovechan.

De aves, de conejos, de venados  
Bastantisimamente proveida,  
Dan abundantemente sus pescados  
Gustosa y salubérrima comida:  
Es la carne de todos sus ganados  
En sustancia y sabor muy escogida,  
Demás desto la mar en su distancia  
Cria de claras perlas abundancia.

Aunque los bosques tienen aspereza  
Y espinas y escambrones á sus trechos,  
Produce por allí naturaleza  
Otras muchas maneras de provechos:  
Caballos hay de suma lijereza,  
No grandes, mas trabados y bien hechos,  
Y en todos los trabajos duran tanto  
Que podría decir cosas de espanto.

El poblador primero destes era  
El noble varon Pedro de Alegria,  
Fué también Pedro Gallo desta era,  
Y el que Pedro Moreno se decía;  
Y después desto Pedro Herrera,  
Mas principal en ser y en valentía,  
Pues por su gran valor en paz y guerra  
Siempre rigió y mandó toda la tierra.

También Riberos el de Salamanca,  
Los dos Rojas, el tío y el sobrino,  
Diego Gomez, y Juan de Villafraña,  
Diego Diaz Pinedo su vecino,  
Con el hermano va de barba blanca,  
Pero Alvarez Millán, Andrés Audino,  
Domingo Alonso, Juan Guillén Villena,  
Con otra mucha gente toda buena.

Pues había de punto bien altivo  
Otros valerosísimos soldados,  
Cuyo número es tan escésivo,  
Que no pueden ser todos memorados:  
Demás de que si yo no los escribo,  
Es porque aquí no estaban arraigados,  
Pero cansados de la guerra dura  
Tomaban esta isla por holgura.

Y es así, que los hombres conocidos,  
Que por la tierra firme conquistaban,  
De sustentar las armas afligidos  
Aquí por gran regalo se pasaban:  
Y de trabajos grandes recibidos  
Por algunos espacios descansaban,  
Adonde los enfermos y los sanos  
Dormían sin las armas en las manos.

Faltaban los barruntos y sospechas  
De las adversidades de fortuna,  
No se temían asechanzas hechas,  
Hambre ni sed á todos importuna:  
Menos temían tiros de las flechas  
Al tiempo que se pone ya la luna,  
Sino que todos reposaban faltos  
De pesadumbres y de sobrasillas.

Cualquiera de nosotros allí osa  
Acostarse quitadas las espuelas,  
Y sin temor de yerba ponzoñosa  
Arrinconar escudos y rodelas:  
No recelábamos fieras rabiosas  
Que lleve los dormidos y las velas,  
Mas cada cual dormía descuidado  
De peligro y de riesgo tan pesado.

Allí satisfacían abundancias,  
La hambre del entrada do venían,  
Y aun otros consumían las ganancias  
Con juegos y con damas que servían:  
Frecuentábanse bien estas estancias  
Donde hermosas damas residían,  
No queriendo vivir estas edades  
En pueblos, sino por sus heredades.

No hallaban lugar cosas molestas,  
Ni do pesares hagan sus empleos,  
Todos son regocijos, bailes, fiestas,  
Costosos y riquísimos arreos:  
Cuantas cosas desean están prestas  
Para satisfacer sus deseos,  
Los amenos lugares frecuentando  
E unos á los otros festejando.

Pasaban pues la vida dulcemente  
Todos estos soldados y vecinos,  
Donde la fresca sombra y dulce fuente  
Al corriente licor abre caminos:  
En el Val de San Joan principalmente  
Eran los regocijos mas continos,  
Y á sombra de la ceiba deleitosa  
Admirable de grande y de hermosa.

Con cierta cantidad no señalamos,  
Por increíble cosa, tronco y cepa,  
Pues toma tal espacio con sus ramos  
Que dudo que mayor otro se sepa:  
Tan bella, tan compuesta la pintamos,  
Que hoja de otra hoja no discrepa;  
Allí con el frescor del manso viento  
Daba cien mil contentos un contento.

En torno de la cual los verdes prados  
De naturales y traspuestas flores  
Estaban todos tiempos estampados  
De pinturas diversas en colores:  
Y á vista grande copia de ganados  
Que rodeaban rústicos pastores,  
Y debajo de ramas tan amenas  
Asientos puestos y las mesas llenas.

Donde la flava Ceres los contenta  
Con liberalidad de franca mano,  
Allí no falta indica placenta,  
Ni lo que llaman pan artolagano,  
Con otro grano de diversa cuenta,  
Sustento del antiguo baquiano,  
Allí las carnes vencen en sabores  
A las mas escelentes y mejores.

No la Calabria ni armentaria Tracia,  
Mejor carnero ni tan buena vaca,  
Cabritos muy mejores que en Ambracia;  
Y por Atagen y ave fasiaca  
Otra de mas sabor y mejor gracia  
Que por allí se llama guacharaca,  
Domésticas y bravas muchas aves,  
Ningunas mas gustosas ni suaves.

El indico pavon allí se halla,  
Caponés sobre todos escelentes,  
Con otra grande copia que se calla  
De cazas en sabor no diferentes,  
Otro mistillo, y otro taratalla,  
Que guisaban con varios adherentes  
Con tal primor y tanta pulcicia  
Cuanto cabal concierto requeria.

Sirven mestizas mozas diligentes,  
Instruidas de mano castellana,  
Lascivos ojos, levantadas frentes,  
De condicion benévola y humana:  
Otro número grande de sirvientes,  
Captivos de la tierra comarcana;  
Ricas toballas, lúcida bajilla,  
Y todo lo demás á maravilla.

Allí se cuelgan lãs pendientes camas  
Adonde tiemplan aires los calores,  
Entre lãs espesuras de las ramas  
Hay cantos de suaves ruseñores;  
Con cuyo son las damas y galanes  
Encienden mas sus pechos en amores;  
Allí mirar, allí la dulce seña  
Que el ardiente deseo les enseña.

Allí también dulcísimo contento  
De voces concertadas en su punto,  
Cuyos conceptos lleva manso viento  
A los prontos oídos por trasunto:  
Corre mano veloz el instrumento  
Con un ingenioso contrapunto,  
Enterneciéndose los corazones  
Con nuevos villancicos y canciones.

Porque también Polimnia y Erato,  
Con la conversacion del duro Marté  
De número sonoro y verso grato,  
Tenían deste tiempo buena parte:  
Rara facilidad, suave trato,  
Y en la composicion ingenio y arte,  
De los cuales discípulos y alumnos  
Podríamos aquí decir algunos.

Y aun tú, que sus herencias hoy posees  
No menos preciarás saber quién era  
Bartolomé Fernandez de Virués,  
Y el bien quisto Jorje de Herrera:  
Hombres de mas valor de lo que crees,  
Y con otros también de aquella era,  
Fernán Mateos, Diego de Miranda,  
Que las musas tenían de su banda.

Allí también señoras principales,  
En vida marital y mas segura,  
Asidas con los nudos conjugales,  
Frecuentaban también esta holgura,  
En aviso y belleza tan cabales  
Que nadie tuvo mas de hermosura;  
Pues con lo menos de su gracia dellas  
Se pudieran algunas decir bellas.

Catalina de Rojas, que señora  
Fué deste dicho valle y pertenencia,  
Y de sus hijos debe ser agora  
Como de sucesores por herencia,  
Tal fué que la mas bella se desdora  
Ante su graciosísima presencia,  
Pues en donaire, gracia y en talante,  
Allí no vimos cosa semejante.

La otra, de su nombre dicha Ana,  
Ana de Rojas, digo, cuya cara  
Podía convencer la de Diana,  
En gracia, resplandor y lumbré clara:  
Mas ¡ay dolor! que contra la tirana  
Furia su pulcritud no la repara;  
Pues quien domaba tigres y leones,  
No domó los humanos corazones.

Y Francisca Gutierrez, que de Haro  
Estirpe clara tiene y generosa,  
Necesidad no tuvo de reparo  
Para ser con extremo muy hermosa,  
Suprema discrecion, aviso raro,  
Conversacion suave y amorosa,  
Cuyas gracias, facecias, cuyas sales  
No hallan semejantes ni aun iguales.

E Isabel de Reina, que no en calma  
Se queda, pues podía serlo dellas,  
En el cuerpo hermosa y en el alma,  
Santas costumbres, proporciones bellas,  
Claro triunfo, vitoriosa palma  
De las graciosas dueñas y doncellas,  
A la cual Dios en juventud florida  
Sacó de los peligros desta vida.

Y Maria de Lerma, cuya gracia  
Esmero parecia de natura,  
Si no fuera cubierto de falacia  
El rostro de la humana hermosura;  
Pues ya sin esta fuerza y eficacia  
Lo come la terrena sepultura,  
Por ser al fin aqueste el paradero  
De lo cabal y de lo mas entero.

¿Qué podremos decirnos de su hermana,  
Joana de Ribas, que es también difunta,  
Sino que allí pintó natura humana  
Cuanto bueno se pinta y se trasunta?  
Virtud, bondad, honor, intencion sana,  
Honestidad con hermosura junta,  
Cabal en todos dones de natura,  
Y no menos cabal en la ventura.

Otras señoras es cosa notoria  
Haber allí de punto muy altivo,  
Que por no reteneñas mi memoria  
Tan en particular no las escribo:  
Pero por el discurso de la historia  
Podría ser hacello, si yo vivo,  
Pues he de ir por partes diferentes  
Donde se dividieron estas gentes.

Porque como las perlas se acabaron  
En aquella sazón ya repetida,  
Y luego los esclavos se quitaron  
A causa de la ley establecida:  
Todos aquellos faustos se trocaron  
En una mas que misera caída:  
De suerte que forzados á la enmienda  
Buscaba cada cual nueva vivienda.

Este y aquel hacían mudamiento,  
Eso me da casado que soltero,  
Buscando por las Indias un asiento  
Que les pudiese ser mas duradero,  
No sin un lacrimoso sentimiento  
Del amigo, pariente y compañero,  
Por ponelles vejez miedo y espanto  
A que no hagan ellos otro tanto.

Pasaban al Perú y Nueva-España  
Los de mas levantadas esperanzas,  
Otros venciendo fortuñosa saña  
De nuevas tierras hacen confianzas;  
Otros también se daban buena maña  
Entratos ó guerreras ordenanzas:  
Al fin la compañía fué deshecha  
Como el grano faltó de la cosecha.

Bien como cuando veis á gran mercado  
Ocurrir de gentío peregrino  
Tal número que tienen ocupado  
La plaza, la calzada y el camino,  
Y aquel contrato hecho y acabado,  
Se vuelve cada cual por donde vino  
Dejando vacos los lugares llenos,  
Y los que en ellos quedan son los menos;

Esta manera fuimos divididos  
Por diversas provincias destos mares,  
Quedándose los viejos y tullidos  
Por aquellas estancias y lugares.  
Los pasados placeres convertidos  
En angustias, tristezas y pesares,  
Y demás de los ya dichos rigores  
Les vinieron después otros mayores.

Pues cuantos han allí perseverado  
A trabajosos trances obedientes,  
En algunos asaltos han purgado  
Aquellos juveniles accidentes;  
Y el soberbio francés tiene cuidado  
De saltar á tiempos estas gentes,  
Inquietándolos en sus viviendas,  
Y despojándolos de sus haciendas.

El primero de quien hago memoria,  
Por ser primer pirata que allí vino,  
Es del cruel francés Jaques de Soria,  
Movido de un espíritu malino:  
Acortáramonos en el historia  
Por no hacer prolijo mi camino;  
Pero para fundar nuestra carrera  
Comenzáremosla desta manera.

Sería por el año de cincuenta  
Y cinco, mas ó menos algun día,  
Cuando con esta gente que se cuenta  
Un cierto Diego Perez residia:  
Hombre de condicion sanguinolenta,  
Pronto para cualquier bellaqueria,  
Suave labia, muy gentil presencia,  
Y entrañas de dolosa pestilencia.

En pecado mortal fué concebido  
De sacerdote natural de Utrera:  
Facineroso, falso, fementido,  
Y matador de su mujer primera:  
En cualesquier maldades atrevido,  
Y tanto que ninguno mas lo era,  
El cual por casos de rigor horrendo  
A estas Indias se pasó huyendo.

Estando pues en público pecado  
En esta isla de cristiana gente,  
Fué por un Diego Gomez desterrado,  
En aquella sazón allí teniente:  
Mas con deseo de se ver vengado  
Este facineroso delincuente,  
A Francia pasó desde la Tercera  
Para traer allí gente guerrera.

En el Havra de Francia tomó puerto,  
Do halló cinco naves aprestadas  
Con el ya dicho capitán esperto,  
Dispuesto para ver Indias doradas:  
Hizo con el pirata su concierto,  
Como suelen personas desalmadas,  
Con promesa de lo volver á Francia  
Con quinientos mil pesos de ganancia.

Salió con él la gente muy contenta  
Viendo del español tan buenos bríos,  
Y la grandeza que les representa  
De riquezas, de joyas y atavíos:  
Pero luego les dió tan gran tormenta,  
Que perdieron allí cuatro navíos,  
Y todo esto nunca fué bastante  
Para dejar de ir mas adelante.

De la manera pues que se recita,  
Con la principal nao capitana  
Llegaron á la isla Margarita  
Por parte de la mar meridiana:  
Desde cierta piragua les dan grita  
Dijesen si es la nao castellana,  
Respondia la perdida cuadrilla:  
Diego Perez, que viene de Castilla.

A todos los vecinos encomienda  
Como quien á los tales conocia,  
Diciéndoles traer buena hacienda  
Vinos, frutas y gran mercaderia;  
Y que saldria para poner tienda  
En viniendo la luz del otro día,  
Pues ya rayos de Echo prefulgentes  
Iban á visitar las otras gentes.

Gran yerro fué creer lijeramente  
Tan mala criatura como esta,  
Y el mensajero fué tan insipiente  
Que creyó la mentira bien compuesta;  
Creyéndola también la demás gente  
Que estaban esperando la respuesta;  
Y así sin recelar bélico fuego  
Se fueron á dormir con gran sosiego.

El estatera del ecuante sino  
En el tiempo de menos vigilancia  
Tenia por el lúcido camino  
Noturnas horas en igual distancia;  
Cuando cercó la casa del vecino  
Escuadron superbisimo de Francia,  
Saliendo todos bien apercebidos  
Sin ser oídos, vistos ni sentidos.

Cuando con dulce sueño se quieta  
La vista del humano fatigada,  
Entonces el francés tocó trompeta  
Para que á una den el alborada:  
Luego la gente dura los aprieta  
Por una y otra parte derramada,  
El valiente galán, la flaca dama  
Sobresaltados saltan de la cama.

El que deste furor huir pretende  
Ocupadas hallaba las salidas,  
A cualquiera varon que se defiende  
Le daban crudelísimas heridas;  
Porque de sujecion sola depende  
El único remedio de sus vidas,  
Y así muchos varones fueron lesos  
Por no se sujetar á verse presos.

Vereis aqui y allí lucir espadas  
De parte vencedores y vencidos,  
Vereis salir señoras destocadas,  
Y muchas sin reparo de vestidos;  
Vereis otras mujeres abrazadas  
Con padres ó con hijos ó maridos,  
Este descalzo va y aquel desnudo,  
Este pudo huir y aquel no pudo.

Bien así como cuando bestia fiera  
Salta por las paredes al rebaño  
Que todo se remonta, y aunque quiera  
Huir por escaparse del engaño,  
La cerca les estorba salir fuera,  
Y lo que era defensa les es daño,  
Pues para dar seguros á su vida  
No da seguridades su guarida;

Así desta razon entender puedes  
Los males de la gente que despierta;  
Pues les eran estorbo las paredes  
Para poder huir de la reyerta,  
Y no menos allí hallaban redes  
Aquellos que salían por la puerta;  
Por tenellas en ellas puestas guardas  
De picas, arcabuces y alabardas.

Usa la bestial furia sus furoros  
Con orden de sangrientos pareceres,  
Los aires se rompan con clamores  
De los muchachos tiernos y mujeres;  
Mas ya de los del pueblo son señores  
Los falsos y falaces mercaderes,  
Que matan los que sus bienes defienden,  
Y cobran paga de lo que no venden.

Fué también el autor de las traiciones  
De muchos enemigos homicida,  
A fin de se vengar de las pasiones  
Cuando se desterró de su querida;  
Pudiendo con justísimas razones  
Entonces desterrallo de la vida;  
Mas agora conocen ser demencia  
Usar con hombre malo de clemencia.

Después de todos presos y rendidos  
Y cesada la furia del combate,  
Con otros feos actos cometidos  
Anejos al enorme disparate;  
Tratóse con los míseros vencidos  
Que diesen por el pueblo buen rescate,  
Con amenazas de hacer entregó  
En no lo rescatar al vivo fuego.

Oída la razon y el aspeza  
Del capitán y vencedor terrible,  
Aumentanse los llopos y tristeza  
Con voz á los oídos insufrible,  
Porque por ser inmensa su pobreza.  
Podello rescatar es imposible,  
Y así dicen personas alligidas  
Que no tienen que dar sino las vidas.

De las cuales le ruegan los despene  
Por ser la muerte menos odiosa,  
Y que lo poco ó mucho ya lo tiene  
Sin poder escapar ninguna cosa;  
Demás de saber bien quien con él viene  
A aquella tierra ser menesterosa,  
Ganado solo tiene su partido  
Y que desto será bien proveído.

Al fin Jaques de Soria les concede  
Libertad, con que den matalotaje;  
Da cada uno dellos lo que puede  
Demás de las preseas del pillaje:  
Dejáronlos cual nunca nadie quede,  
Y ellos continuaron su viaje;  
Dieron las velas muy apesradados  
Por tomar otros pueblos descuidados.

Dan entre Barbarata y Venezuela,  
La costa de la mar llevan barrida,  
Rio la Hacha y Cabo de la Vela  
Pudiera ser entonces destruida;  
Mas Viana, piloto, los desuela  
No tomando la tierra conocida;  
Por prendas suyas hizo tal desvío,  
Y en Santa Marta dió con el navio.

Entran de noche, falta la reseña  
Hablando Diego Perez por su parte,  
Y el capitán Francisco de Ludueña  
Reconoció ser gente de mal arte:  
Vuelve las riendas, y al varon y dueña  
Avisa ser francés el estandarte,  
Con aquello que pueden van á escuras  
Metiéndose por grandes espesuras.

Entra luego la gálica ralea  
Por aquellos barridos aposentos,  
El pueblo con gran furia se saquea  
Con algunos heridos y sangrientos;  
Mas no con el caudal que se desea  
Segun sus codiciosos pensamientos;  
Van á la iglesia, rompen el sagrario,  
Y sacan la custodia y relicario.

Por no tener lugar nuestros cristianos  
Con aquel repentino desaliento,  
De retraer de tan enormes manos  
La hostia que de Dios es aposento;  
Pero juraron estos futeranos  
Que no hallaron santo sacramento;  
Y el dicho Diego Perez lo decia  
Que la custodia se halló vacia.

Jurábalo debajo de buen celo  
Aqueste miserable delincuente;  
Fué para los fieles gran consuelo  
Después que ya supieron claramente  
Que el supremo Señor de tierra y cielo  
Se retiró de tan enorme gente;  
Mas con santos dibujos y retratos  
Usaron de muy grandes descatos.

Hicieron otros muchos desatinos,  
A cualquiera maldad sueltas las riendas,  
Hubo quien frecuentase los caminos  
A redimir molestias y haciendas:  
Rescataron el pueblo los vecinos  
Porque no les quemasen sus viviendas,  
Y esto concluso por la gente suelta,  
Al Rio de la Hacha dan la vuelta.

Por les encarecer el Diego Perez  
Para su mal á la maldad francesa,  
Haber allí muy ricos mercaderes,  
Riquísimo caudal y llena mesa:  
Movieronse por estos pareceres  
Teniendo por certísima la presa;  
Mas antes que la gente de allí parta  
Aviso dió por tierra Santa Marta.

El francés tuvo tiempo cual lo quiso,  
Y el mensajero, puesto que fué cierto,  
Apenas allegó con el aviso,  
Aunque era caminante muy esperto,  
Cuando vieron la nao de improvisó  
Y los patajes ya cerca del puerto;  
De manera que vido nuestra gente  
El cosario y aviso juntamente.

Anda luego la grita y alboroto  
Para poner en cobro la moneda,  
Levantán piés lijero terremoto  
Y gran escuridad de polvareda;  
El mas valiente vemos mas remoto,  
Por cobarde se tiene quien se queda,  
Escapando la próspera ganancia  
De que entonces tenían abundancia.

Todas las gentes andan presurosas,  
Cargados van los grandes y los chicos;  
Aunque como personas caudalosas  
De oro, perlas y otros multiplicos:  
En sus casas dejaban muchas cosas  
Con que pudieran otros ser muy ricos,  
Por no dalles lugar el tiempo breve  
Para que su caudal todo se lleve.

El que no puede mas antes que vaya  
A ver la selva, no por ser amena,  
Dejaba muchas cosas por la playa,  
Sepultadas debajo del arena;  
Mas como vientos recios allí haya  
Con la soberbia que Aquilon ordena,  
Entonces se mostró tap inquieto  
Que descubrió por partes el secreto.

Luego como faltó gente guerrera,  
Al fin como ladrones diligentes,  
Los ocultos secretos de la tierra  
Hicieron manifiestos y patentes:  
Aqui y allí y alla se desentierra  
Todo cuanto dejaron nuestras gentes;  
Lo cual no fué tan poco que no fuese  
De principal valor el interese.

Estando pues el pueblo poseído  
Y el fuego para él no menos cierto,  
El Diego Perez fué tan atrevido  
Que fué para tratar de su concierto:  
Fuéles buen interese prometido,  
A trueco de que salgan deste puerto,  
Y vino por faraute de las paces  
El caonigo Diego de Loaces.

Como ninguna cosa concluyese,  
Volviendo temeroso del cosario,  
No se hallaba quien tratar quisiese  
Negocio tan forzoso y necesario  
Para que el pueblo no se destruyese;  
Mas Francisco Velazquez, secretario  
Hoy en el nuevo reino de Granada,  
A su cargo tomó la tal jornada.

Holgóse la francesa pestilencia  
De ver un hombre de tan buen aviso,  
Mozo gallardo, de gentil presencia,  
Y en aquella sazón otro Narciso:  
Trató del precio con cabal prudencia,  
Y negoció con ellos cuanto quiso;  
A trueco de ponelles en las manos  
Cuatro mil y quinientos castellanos.

Haciasele grande cortesía,  
Y todos ellos antes que se parta  
Rogaron que se vean otro día  
Y procure traer moneda harta,  
Pues cierto le darán lo que pedia  
De la iglesia y ciudad de Santa Marta;  
Despidióse pues dellos con aquesto,  
Y prometióles de volver muy presto.

Diego Perez en esta coyuntura  
Huyó de los franceses compañeros  
Metiéndose por montes y espesura  
Con razonable copia de dineros:  
Que lo llamaba ya su desventura  
Para pagar sus grandes desafueros;  
Jaques de Soria por aqueste hecho  
Pelabase las barbas con despecho.

Velazquez destas cosas ignorante  
En cumplimiento de lo prometido,  
Vino después dos dias adelante  
De plata y oro bien apercebido;  
Al menos lo que via ser bastante  
Para rescate de lo que traído  
De Santa Marta habian los sangrientos  
De santos y benditos ornamentos.

A la nao lo lleva gente presta  
Que el soberbio francés allí tenia,  
El cual no lo recibe con la fiesta  
Ni con aquel aplauso que solia;  
Antes con amenazas lo molesta  
Y al dicho Diego Perez le pedia,  
O le pagase cuanto le llevaba  
Sin admitir disculpa que le daba.

En efeto le hizo que escribiese  
Al pueblo do se hizo mensajero,  
Con ruego de que no se permitiese  
Que lo llevasen por su prisionero;  
Si no que luego se les proveyese  
Del hombre y dos mil pesos en dinero;  
Mas porque no viniese la tal paga  
Junto á la firma puso: no se haga.

Fué animosidad, mas de manera  
Que no dejó de ser muy atrevida,  
Porque si la cautela se supiera  
No le costara menos que la vida:  
Visto pues no venir lo que se espera  
Deste puerto hicieron despedida,  
Y el cosario francés llevó consigo  
Al Francisco Velazquez como digo.

El cual lleno de grandes confusiones,  
Cuasi por términos desesperados  
Al capitán habló tales razones  
Que todos se quedaron admirados,  
Y respondieron con sus intenciones  
Ciertos franceses muy españolados,  
Diciéndole ser grande desafuero  
No dalle libertad al mensajero.

El capitán como se convenciese  
Con esto que su gente le decia,  
En un batel le dijo que se fuese  
Que fuera de la nao se traia;  
Y primero que della se saliese  
Le quitaron el oro que tenia;  
Entró pues en el barco casi muerto  
Veinte leguas ó mas fuera del puerto.

Sin agua, sin recurso de alimentos,  
Ni cosa que pudiese sustentallo,  
No remos ni marinos instrumentos  
Para poder mejor encaminallo,  
Sino donde las aguas y los vientos  
A su disposicion quieren guiallo;  
Solamente de Dios se confiaba  
A quien de corazón se encomendaba.

Y así mediante su favor divino  
Pudo tomar paraje deseado  
Abajo cuatro leguas de camino  
Del Rio de la Hacha ya nombrado;  
Donde luego topó con un vecino  
Con cuya vista fué muy consolado,  
Y luego puso todos sus poderes  
En que se descubriese Diego Perez.

Ansimismo Miguel de Castellanos,  
Con otros caballeros y vecinos,  
Envian por lugares comarcanos  
Ocupando las playas y caminos,  
Hasta tanto que hubieron á las manos  
Al autor de tan grandes desatinos:  
Danle tormento, hacenle procesos,  
Y confesó grandisimos escesos.

Era justicia cierto caballero  
Que Francisco de Lerma se decia,  
Varon de gran valor, hombre severo;  
Y este, por la traición y alevosia,  
Mandó colgar luego de un madero,  
Aunque mas crúel muerte merecia:  
Hicieronle después enterramiento,  
Porque murió con buen conocimiento.

Aqueste fué su fin y paradero ;  
Y pues con él habemos concluido ,  
Justo será volver á lo primero ,  
Porque me hallo ya muy divertido  
De nuestra Margarita, donde quiero  
Cumplir con lo que tengo prometido ,  
Y donde hallareis por escritura  
Otra mas trabajosa desventura.

Y por contar aquesta no diremos  
Desabrimientos que le son ajenos ;  
Pues vence la que digo los extremos  
De cuantas tienen lacrimosos dejos :  
Mas, para proceder como debemos,  
Cumple tomar la cosa de muy lejos ;  
Y pues de un golpe no podemos tanto,  
Quiérola comenzar con nuevo canto.

## CANTO SEGUNDO,

Donde se da á entender quién era Pedro de Ursúa y su descendencia,  
con otras cosas á la historia convenientes.

Siempre suelen venir acompañados  
Los jueces y los gobernadores  
De deudos, de parientes y criados,  
Guiados del olor de sus favores :  
Y en algunos no son mal empleadas  
Los mas calificados y mejores,  
Pues su virtud, trabajo y diligencia  
Los hacen merecer la tal herencia.

Entre los otros yugos que sostuvo  
El orbe de las Indias de occidente,  
Un Miguel Diaz Armendariz hubo  
Que trajo seis gobiernos juntamente ;  
Y en este nuestro nuevo reino tuvo  
Un mozo generoso, su pariente,  
Pedro de Ursúa fué su propio nombre,  
Que siempre mostró sello sin ser hombre.

Pareciéndole cosa conveniente  
A discrecion modesta y asentada,  
El tio le nombró méritamente  
Por general del reino de Granada :  
Salió buen capitán y diligente  
Para le cometer cualquier jornada ;  
Y así, por aquí daba buena cuenta  
En los negocios de mayor afrenta.

Descubrió los caminos mas reclusos,  
Allanó la montaña rigurosa,  
Conquistó la provincia de los Musos,  
Deste reino la mas dificultosa :  
Finalmente, que los guerreros usos  
Le dieron prontitud maravillosa,  
De manera que mañan y qadadas  
Crecian juntamente con los dias.

Y así, con el valor de su persona,  
Y entre valientes indios y arriscados  
Pobló ciudad á quien llamó Pamplona,  
Cuyos campos y rios son dorados :  
Vile hacer á la real corona  
Otros muchos servicios señalados ;  
Y en Santa Marta recorrió la sierra,  
Puesto que sin victoria desta guerra.

Podríame vender yo por testigo  
Sin gozar lo mejor de la mañana,  
En el paso de Origua ó de Rodrigo,  
Y el buen Pedro de Ursúa con cuartana,  
Tomándole los pasos que ya digo  
Gran impetu de gente comarcana,  
Sobre paz y con fiebre fatigado,  
Descalzo del un pié y otro calzado.

Alli caza Bondigua, y alli Bonda ;  
Alli de Pocigueica y de Tairama,  
Con todos los demás de la redonda,  
Conocidos por hechos y por fama,  
Con flechas, con maçana, dardo, honda,  
Gran cantidad de sangre se derrama,  
Privando brevemente de la vida  
Cuanta gente hallaron divertida.

Ursúa de salud estaba falto,  
E ya por todas partes rodeado ;  
Venciendo calentura y sobresalto  
Salió del toldo mal aderezado,  
A fin de trabajar ganar el alto  
De fortisimos indios ocupado,  
Y halló para ir en tal demanda  
Solos doce soldados de su banda.

A los cuales les hizo tal abrigo,  
Que con aquel valor de su costumbre,  
A pesar del ejército enemigo,  
Ganó lo mas supremo de la cumbre,  
Haciendo crudelísimo castigo  
Con riesgo, con sudor y pesadumbre :  
Fueron sus grandes hechos aquel dia  
Bastante prueba de su valentia.

Hirióle tres el venenoso Marte ;  
Y aunque de vida ya desconfiados  
Esta desconfianza no fué parte  
Para que fuesen del desamparados ;  
Y sus esfuerzos fueron de tal arte,  
Que de débiles hizo confiados  
Para salir de riesgo tan terrible,  
Que no parecerá cosa posible.

O ya con arcabuz, ya con espada,  
El escuadron rompió mas importuno  
A pié mas de seis leguas de jornada,  
Con terrible calor y siempre ayuno :  
Llegó pues con la gente fatigada,  
Sin que dejase uno ni ninguno  
A Santa Marta, que se maravilla  
Escapar de tan áspera rencilla.

Era por este tiempo ya venido  
Montaña por juez de residencia,  
Que puestos sus servicios en olvido  
Le mostraba rencor y mal querencia ;  
Y así, de sus amigos conmovido,  
Se desvió de aquella pestilencia,  
Y residió con ciertas compañías  
En el Nombre de Dios algunos dias.

Donde recogió copia de soldados  
Para los ejercicios de la guerra,  
Y allí desbarató negros alzados  
Que estaban hechos fuertes en la sierra ;  
Los cuales, por ser muchos y esforzados,  
Ponían en temor toda la tierra,  
Prendiéndoles á su rey dicho Ballano,  
Aunque tenia poderosa mano.

Los negros y proterva compañía  
Vencidos en aqueste repiquete,  
A reinos de Pirú hizo su via  
Con amigos y deudos seis ó siete ;  
Los cuales en aquel tiempo regia  
El marqués escelente de Cañete ;  
Y este, reconociendo sus valores,  
Le hizo mil mercedes y favores.

Después, con gracia de razon urbana,  
Hizo demanda del descubrimiento,  
Que dicen de Francisco de Orellana,  
Con quien yo tuve gran conocimiento ;  
Y el marqués se lo dió de buena gana  
Vista su discrecion y su talento,  
Porque en aquellas tierras aun habia  
Soldados de aquel tiempo todavia.

Y entre todos aquellos que renuevan  
Este descubrimiento que ya digo,  
Era buen adalid Alonso Esteban,  
A quien también yo tuve por amigo ;  
El cual de la jornada do se ceban  
Se podia vender por buen testigo,  
Como quien abajó con Orellana  
Al mar del norte y á Maracapana.

Ursúa, con aviso suficiente,  
A los efectos desto se presenta ;  
Pero dejémoslo haciendo gente  
Que de valor tan raro se contenta :  
Pues me parece cosa conveniente  
Del Orellana dar alguna cuenta,  
Para bien entender desta letura  
Jornada de tan grande desventura.

Pasados eran ya los quince cientos  
Y diez lustros de santa parentela,  
Cuando gente de grandes pensamientos  
Con Gonzalo Pizarro se desvela  
En dar mas luz á los descubrimientos  
De tierra que nos da nueva canela,  
E oro y plata, de que la cudicia  
Daba generosísima noticia.

Y así, para hallar aquel gentío,  
Que de Quijos es hoy su nombramiento  
Dió Gonzalo Pizarro buen avio  
Para hacer el tal descubrimiento,  
Guiando su derrota por un rio  
Que en Moyobamba tiene nacimiento,  
Y al mar del norte hace su salida  
Con casi dos mil leguas de corrida.

La madre del es tal y tan estensa  
Que no la vió mayor hombre viviente,  
Y así, por ser grandeza tan inmensa,  
Mar dulce le llamamos comunente ;  
Y dicen ser engaño del que piensa  
No ser el Marañon esta creciente :  
Tal nombre le pusieron los Pinzones,  
De ciertos nautas dichos Marañones.

Por la equinocial sus aguas guia  
Dando prolizas vueltas diferentes,  
Y della casi nada se desvia  
Con impetuosísimas crecientes ;  
De islas numerosa la cuantia,  
Muy muchas de las cuales tienen gentes  
Algunas señaladas en grandeza,  
Pero ningunas muestras de riqueza.

Orilla deste rio montuosa  
Hacia pues Pizarro su jornada,  
Tierra mal asombrada de lluviosa,  
Por una parte y otra mal poblada ;  
Y á veces la montaña rigurosa  
Les daba la canela deseada  
Sus árboles altísimos y locos,  
Pero no muy espesos, sino pocos.

Pues para que mejor se conociese  
Del rio lo que estaba mas poblado,  
Un bergantín mandó que se hiciese  
Con esocogida gente preparado :  
En el cual ordenó que se metiese  
Vajilla y vestuario mas preciado,  
Y al Orellana, su lugarteniente,  
Nombró por capitán de aquella gente.

El Pizarro por tierra caminaba  
Con el restante de su compañía,  
Y el barco con aquellos que llevaba  
A dar nueva y socorros acudia,  
A los cuales allí se les mandaba  
Lo que mas al viaje convenia :  
Mandóles pues llegar á cierta punta  
Y volver á decir lo que barrunta.

A la punta llegaron fácilmente,  
Mas no pudo volver el Orellana,  
Forzado de grandísima corriente,  
Si la fuerza no fué su propia gana ;  
Porque desapareció con esta gente  
Huyendo de la tierra comarcana :  
Vajilla y ropa se llevó consigo  
Con las demás preseas que ya digo.

Visto que no volvia, fué buscando  
Por gente deste campo peregrino,  
Y como nunca dellos fue hallado  
Por llevar agua abajo su camino,  
Al Gonzalo Pizarro fué forzado  
Volver á las provincias de do vino  
Con pérdida grandísima de gentes  
Y los que se escaparon muy dolientes.

Francisco de Orellana navegaba  
Alentado de grande pensamiento,  
E ya se prometia y aplicaba  
Toda la gloria del descubrimiento ;  
Mas con sesenta hombres que llevaba  
Nunca pudo salir con el intento ;  
Pues solamente couren la ribera,  
Por ser muy pocos para salir fuera.

Incierto como digo de lo cierto,  
Por las islas buscaban alimento ;  
En una de las cuales toman puerto  
Donde les pareció mejor asiento,  
Hasta poner sus cosas en concierto  
Para llevar mejor aviamiento,  
Y por los fatigar el angostura  
Hacer otro navio se procura.

Hácense tablas de canoas duras  
Por ciertos levantiscos oficiales,  
Hízose clavazon de herraduras,  
Búscanse necesarios materiales :  
Hay brea de copey y otras horurras,  
Con aceite de acuosos animales ;  
Finalmente pusieron en el rio  
Otro mayor y mas capaz navio.

Pusieron gallardetes y banderas,  
Repártense por ambos los soldados,  
Osaban ya llegar á las riberas  
A causa de no ir tan apretados :  
Tomaran el negocio mas de veras  
Si fueran los sesenta duplicados ;  
Pero pocos temian el encuentro  
Que pudieran hallar la tierra adentro.

Ven tierras jamás vistas ni holladas  
Sino del natural destas regiones ;  
Vian desde los barcos ahumadas  
Que denotaban grandes poblaciones,  
Y algunas torrecillas levantadas,  
O templos de sus vanas religiones,  
O ya podría ser, segun se piensa,  
Que las tenían para su defensa.

Quisieron en un pueblo tomar tierra  
Que sobre la barranca parecia,  
Mas no los consintió gente de guerra  
Que con feroces bríos acudia,  
E india varonil que como perra  
Sus partes bravamente defendia,  
A la cual le pusieron Amazona  
Por mostrar gran valor en su persona.

De aquí sacó después sus invenciones  
El capitán Francisco de Orellana,  
Para llamalle rio de Amazonas  
Por ver esa con dardos y macana,  
Sin otros fundamentos ni razones  
Para creer novela tan liviana ;  
Pues hay entre cristianos y gentiles  
Ejemplos de mujeres varoniles.

Mas ser esta Tomiris no se crea,  
Ni que vistiesen otras el arreo  
De Filipis Lampédon, ni de Alea,  
Y porque lo sé bien tampoco creo  
Que pasó por allí Pentesilea,  
Ni el Orellana pudo ser Teseo ;  
Ni otra Menalipe, ni Celeno  
Caminaron jamás por aquel seno.

Puesto caso que bien se defendia  
Por parte de la india la salida,  
El gran rigor del arcabuceria  
A muchos por allí dejó sin vida ;  
Y visto que tan mal les sucedia,  
Tomaron por amparo la huida :  
Recogen españoles alimento,  
Y un indio vivo deste rompimiento.

Por señas Orellana le hablaba  
En el discurso deste su viaje,  
Y todos los vocablos asentaba  
Segun comprehendia del salvaje :  
Hasta ver si por ellos alcanzaba  
Inteligencia cierta del lenguaje,  
Porque tuvo de lenguas gran noticia,  
Y para las hablar mucha pericia.

Y así con gran contento declaraba  
A estas compañías y cuadrillas  
Aquello que este indio le hablaba,  
Diciendo que decia maravillas  
De lo que mas dentro les quedaba,  
Y no podian ver por las orillas :  
Crecida poblacion, campos amenos,  
Y es de creer haber algunos buenos.

Navegando van pues nuestros guerreros,  
A peligros inmensos arrojados  
En competencia de los indios fieros  
Que los combaten por entrambos lados:  
Navegan sin saber los paraderos  
Ni tener de quien sean avisados,  
Hasta que percibieron los oídos  
De muy lejos grandísimos ruidos.

Iba la gente desto temerosa  
Prosiguiendo con duda su viaje,  
Y apartada la noche tenebrosa  
Haciendo ya remansos el aguaje,  
Vieron la blanca Tetis espumosa,  
Y en ella levantarse gran olaje,  
Y con calor de presurosos modos  
« ¡ La mar, la mar del norte! dicen todos.

« Gobernémonos bien, hermanos míos,  
Con prontitud y diligencia buena,  
Pues ya no navegamos por los ríos:  
A gran prisa guindemos el entena,  
Descúbranse con sondas los bajos,  
No demos al salir en el arena;  
Que suelen tener ríos en las bocas  
Bancos secretos, arrecifes, rocas.»

Ignoran todos ellos el paraje,  
Puesto que mil consultas hay aposta,  
Mas en ellas ninguno fué tan saje  
Que no fuese su ciencia muy angosta;  
Y así les pareció mejor viaje  
Nunca desarrimarse de la costa;  
Pues si por ella fuesen en las manos,  
Dios les daría pueblos de cristianos.

Con la tal opinion sin la contraria  
La costa bajo van con tiempo lleno:  
Vieron la Trinidad, vieron a Paria  
Con otras circunstancias de su seno:  
Hacían conjetura no sumaria  
Alonso Esteban, Márquez y Joan Bueno,  
Por haber estos tres, tiempo pasado,  
Por aquellos parajes navegado.

Inciertos, pero con algun desino  
Que cada uno dellos en sí fragua,  
Prosiguen adelante su camino,  
Hasta dar en la costa de Cubagua;  
Y allí los poseyó mas desatino  
Por no ver carabela ni piragua  
De la crecida flota que solía  
Salir á la pasada pesquería.

Las casas enaladas devisaban  
Los hombres destas peregrinas naves;  
Mas por peñascos grandes las juzgaban  
Y suciedad de las marinas aves;  
Para soltar las dudas en que estaban  
Faltábales allí quien diese llaves,  
Y á los unos la hambre los incita  
A que tomen la isla Margarita.

Holguin, comendador, varon esperto  
La caña del timon á banda cierra;  
Y puestos en buen orden y concierto  
Con armas y pertrechos para guerra,  
En la Punta-las-Piedras tomó puerto,  
Donde con los demás halló la tierra,  
Y en ese mismo punto luego vido  
Camino que de bestias va seguido.

El padre fray Gonzalo de la Vera,  
Con Alonso de Robles y otros tales,  
Querían portiar que el rastro era  
De nunca conocidos animales;  
Mas Celis Montañés sin mas espera  
Sopló dos ó tres veces las señales,  
Y vido claramente señalados  
Los clavos de cabezas como dados.

Vereis las gentes ya regocijadas,  
Y fuera del pasado desconsuelo  
Besar por muchas veces las pisadas  
Hincando las rodillas por el suelo;  
Y las manos en alto levantadas  
Dan gracias al Señor del alto cielo,  
Porque ya claramente conocian  
Ser aquel el paraje que decian.

Conocida Cubagua claramente,  
Que antes por peñasco se tenía,  
Allá hacen viaje brevemente  
Por ser breve compás la travesía:  
Salimos á la playa mucha gente:  
A ver extraño barco que venía,  
Imaginando muchos ser soldados  
De los que Ordás perdió tiempos pasados.

En gran manera son regocijados  
De ver y de hablar cristiana gente,  
Al templo van descalzos, destocados,  
A dar gracias á Dios primeramente;  
Y á todos nos tornó maravillados  
Viaje de tan gran inconveniente:  
Acomódose bien la compañía,  
Y al barco de Orellana no venía.

Pasárase de largo, si no fuera  
Aviso por bastante mensajero,  
Que hizo luego Pedro de Herrera,  
Para buscar aqueste caballero  
Con indios y canoa muy lijera,  
Y un Cristóbal de Lepe, marinero  
El cual luego que vio la carabela  
A ella dirigió remos y vela.

Admiróse Francisco de Orellana  
Como vido la índica ralea  
Regirse con timon y con mesana,  
Y así se reparó para pelea;  
Mas percebiendo lengua castellana  
Con el mensaje tal cual él desea,  
Siguió la carabela mensajera  
En demanda del Pedro de Herrera.

Tomó tierra con todos sus soldados,  
Y puesto que con nombre de perdidos,  
Todos salieron bien aderezados  
Con grande bizarría de vestidos:  
Fueron unos y otros hospedados  
Y magníficamente proveidos;  
Trató luego de sus descubrimientos  
Con muestras de sus vanos pensamientos.

Hizo luego viaje para España  
Hechas á su sabor informaciones,  
Con gente principal de su compañía,  
Prendada de las mismas pretensiones;  
Y entonces publicó la gran patraña  
De aquellas invencibles amazonas;  
Volvió por su demanda ya casado,  
Y por gobernador y adelantado.

Cargó de muy lucida compañía,  
Bien fuera de razon y fundamentos  
En traerlos por donde los traía  
Y á tierra de cien mil impedimentos;  
Y así junto del río do venía  
Murió vejado destes pensamientos;  
Después su mujer vimos afligida  
Y toda la demás gente perdida.

Es pues para hacer la tal jornada  
Ir contra la corriente desatino;  
Pudiera hacer mas acertada  
Si segundara por adonde vino:  
Pero pues que su vida es acabada,  
Quiérome yo tornar á mi camino,  
Y al Ursúa que está haciendo gente,  
Con canto nuevo del tenor siguiente.

### CANTO TERCERO,

Donde se cuenta la partida de Pedro de Ursúa, con buena copia de gente aunque alguna della inquieta y facinerosa, y las demás particularidades sucedidas antes de embarcarse en el río por donde habían de hacer su viaje.

Prenden á Marte redes de Vulcano  
En Venus colocado su contento,  
Ablándase la mas guerrera mano  
Vencida de lascivo pensamiento,  
Con mal amor enferma lo mas sano,  
Do quiera causa tierno sentimiento:  
Los invencibles y mas fuertes cuellos  
Una flaca mujer suele vencellos.

Pedro de Ursúa pues, cuya grandeza  
De hechos ya tenemos conocida,  
Hizo su belicosa fortaleza  
A fuegos amorosos sometida,  
Vencido de un extremo de belleza  
Que fué lo mas extremo de su vida;  
Y á vueltas de guerreros atambores  
También ejercitaba sus amores.

La bella doña Inés era la dama  
Que tuvo con razon nombre de bella,  
Si fuera con reguardo de la fama  
Que debe reguardar cualquier doncella;  
A quien el buen Ursúa mucho ama,  
Siendo no menos el amado della;  
Y como bien querer importunase  
Acabóse con él que la levase.

Hija de Blas de Atienza, que de Lima  
O de Trujillo fué, moza lustrosa,  
Avisada, graciosa y en estima,  
Como ya dicho tengo, de hermosa:  
Gentil disposicion con que lastima  
El ánima de amor mas odiosa,  
No tiene padres puestos al enmienda  
Ni deudos que le tiren de la rienda.

Pues el Ursúa como consintiese  
Que fuese doña Inés á la jornada,  
Secretamente le mandó que fuese  
Tras él por via mas disimulada;  
Y él partido, mandó que se partiese  
De ciertas dueñas bien acompañada:  
Luego se despidió de su querida,  
Y convocó la gente divertida.

Llegóse de soldados gran estruendo  
Aderezados para la demanda,  
Muchos de corazon malo y horrendo,  
Como fué Joan Alonso de la Vanda,  
Lope de Aguirre, Perez y Salduendo,  
Diego de Torres, Vargas y Miranda,  
Y un Cristóbal Fernandez, mal cristiano,  
Pero Fernandez y Miguel Serrano.

Otros algunos, en maldad insines,  
Gente desesperada y atrevida,  
Amiga de traiciones y motines,  
Sin Dios y sin olor de buena vida:  
Al fin en sus costumbres tan ruines,  
Que tienen la virtud aborrecida;  
Ningun concierto hay que los concierte,  
Ni temen temporal ni eterna muerte.

Como el marqués insigne Mendocino  
Le tuviese tan justas adiciones,  
Al Ursúa y le fuese tan benigno,  
Acudióle gran copia de varones;  
Con los cuales él hizo su camino  
A la provincia de los Motilonés,  
Porque en aquellas tierras y comarcas  
Había de hacer copia de barcas.

Tenia de la tierra la tenencia  
El que Pedro Ramiro se decía,  
Hombre de gran consejo y experiencia,  
Señalado varon en valentía:  
Recebiólo con gran magnificencia,  
Con gran urbanidad y cortesía;  
El Ursúa hallando tal abrigo  
Procuró granjearlo por amigo.

Después en lo avilar metió tal prenda  
Que el Ursúa, persona bien mirada,  
Le dijo que dejase su vivienda  
Y se fuese con él á la jornada:  
Porque será señor de su hacienda,  
Y maese de campo del armada;  
Fué nombrado por tal, y pretensores  
Quedaron con algunos sinsabores.

Destos el uno fué Francisco Diaz,  
Pariente del Ursúa muy cercano,  
Ansimismo soldado de mis dias  
Valiente y comedido cortesano;  
Que movido de vanas fantasias  
En el Pedro Ramiro puso mano:  
Dióle de puñaladas en efeto,  
Maldad indigna de hombre tan discreto.

De tan escandaloso desatino  
Al Ursúa le dan luego noticia,  
Que estaba gran distancia de camino  
Bien fuera de tan áspera malicia,  
Revolvió sin parar, y como vino  
Hizo del matador justa justicia,  
Y de Grijota y de Benito Diaz,  
Consortes, y de un Diego de Frias.

Después que ya dió fin á malos fines,  
Sin él se recelar de los peores,  
Procuró concluir los bergantines  
No sin grandes trabajos y sudores,  
Por apartarse ya destes confines  
Y poder descubrir otros mejores;  
Demás desto también se recelaba  
Que mucha gente se le remontaba.

Aprestándose pues desta manera  
Con temor de que gente se le huya,  
La bella doña Inés, que no debiera,  
Allí llegó también en busca suya:  
Porque con una muerte lastimera  
Vida de dos amantes se concluya,  
Y este negocio cuentan estas gentes  
Por vias y maneras diferentes.

Pues entre muchos dellos hubo fama  
Haber puesto los ojos el Salduendo  
En los merecimientos desta dama  
Que diferentes partes va siguiendo;  
Y él fué de los catorce de la trama  
Del pérfido motin, malo y horrendo;  
Y cuando doña Inés se recebia,  
El se mostró con grande lozania.

Puesto que todos para dar contento  
A su gobernador, que por ventura  
Tenia diferente pensamiento,  
Hicieron á tan alta hermosa  
Solene y principal recibimiento,  
Anuncio de su grande desventura:  
Unos van con sinceras intenciones,  
Otros con muy dañados corazones.

Formóse campo digno de mirallo,  
Guarnido de galanas invenciones,  
Infanterias y hombres de caballo  
Con trémulas banderas y pendones;  
Y porque ella pudiese contemplallo  
Ordenaron lucidos escuadrones,  
Los cuales en presencia de las dueñas  
Hicieron caracoles y reseñas.

Ondean por los yelmos plumas largas,  
De las gacetas blancas y avestruces,  
Revuelven lanzas, cambian las adargas  
Los diestros y valientes andaluces,  
Descargan con gran impetu sus cargas  
Los fumosos y ardientes arcabuces,  
Con gran orden entran y salian  
Con una y otra salva que hacian.

Ninguno de su orden se derrama  
En este singular recibimiento,  
Y en llegando frontero de la dama  
Hacia cada cual acatamiento:  
Enciéndelos en amorosa llama,  
En muchos causa tierno sentimiento,  
Porque su buen donaire y su meneo  
Ponia mil espuelas al deseo.

En un cuartago blanco pequenuelo  
Iba, pero muy bien aderezado,  
Basquiña de lustroso terciopelo,  
Un galdresillo de color morado,  
Las guarniciones de color de cielo,  
Con cristalinas perlas estampado,  
Capelete con plumas y medalla  
Con el mas aderezo que se calla.

Rebozada hacia gran destrozo  
De ánimas en esta compañía,  
Y mucho mas después que cierto mozo  
Le dijo: « por merced, señora mia,  
Os pido que quiteis ese rebozo,  
Veremos ya la luz del claro dia,  
Que no sé cómo puede velo solo  
Cubrir rayos mas claros que de Apolo.»